

antepasado prestigioso; o si, en cambio, prefiere la hipótesis de una reencarnación stricto sensu, en la cual la homonimia es signo de una identificación plena entre el niño y su ancestro.

El tercer capítulo describe las pruebas de iniciación durante la pubertad, mediante las cuales los jóvenes ganan su pasaje al estatus de madurez; y, lo que es más o menos lo mismo, la condición de aptitud matrimonial. En el caso de las mujeres, se trata del rito llamado *kikuchikuy*. En particular, se describe la *qquicun huarmiti*, la primera menstruación de las niñas, y el *qquicuchicuni*, una borrachera festiva con que los familiares acostumbraban celebrar esta ocasión. Luego de someter a la muchacha a un ayuno de tres días, su padrino le explicaba los deberes femeninos, y luego le imponía su nombre definitivo. En el caso de los muchachos, se celebraban unas grandes borracheras llamadas *warachikuy*, durante las cuales los padrinos les colocaban los primeros *waras* de adorno. También les imponían un nombre definitivo (generalmente de antepasados prestigiosos) que deberían llevar hasta la muerte. Luego los azotaban recordándoles sus deberes de valentía en la guerra, veneración a las *huacas* y obediencia al Inca; y los obligaban a demostrar todo el tiempo una gran resistencia física frente al ayuno, el sueño y el acoso del enemigo. Finalmente un baño ceremonial sellaba el pasaje de los jóvenes hacia el mundo adulto. González Carré explica estas costumbres por el carácter expansionista y militar del estado cuzqueño, y las vincula con la rica tradición oral relativa a los hermanos Ayar.

La influencia económica y militar del estado cuzqueño en la vida ceremonial también se hace sentir en el matrimonio, que convertía a la persona en ciudadano incaico con plenos derechos, facultades y obligaciones. En el cuarto capítulo, en efecto, se analiza la reunión entre los parientes de ambas familias, en la cual los parientes mayores informaban a la joven pareja de sus deberes y obligaciones conyugales; las ocasiones en que había un período de servicio postmarital; la finalidad política del matrimonio, que iba más allá a los eventuales lazos afectivos entre los cónyuges; y finalmente el *servinakyu*, generalmente llamado “matrimonio de prueba”.

El último capítulo está dedicado a la funebria. Al describir cómo se embalsamaban a las momias y se las enterraba con sus pertenencias, González Carré apoya su argumentación sobre datos provenientes de la arqueología, rastreando el origen de estas prácticas y creencias relativas a la vida ultraterrena en culturas como Chavín, Moche y Nasca. En el velorio, llamado *pacaricuy*, los familiares y amigos se reunían a comer y a beber relatando las hazañas más notorias del difunto en un tono lastimero; también había lamentaciones rituales, muchas veces a cargo de lloronas especialistas. Si el muerto era muy querido, o gozaba de una alta posición social, podía suceder que la gente embriagara y luego enterrara con el difunto a algunos de sus parientes, mujeres o sirvientes. Luego se acostumbraba a quemar o tirar a un río las ropas del muerto. Finalmente todos se bañaban, se ponían vestimentas oscuras y se abstendían

de manifestar alegría en público. En algunos casos, incluso, los parientes se cortaban el pelo. El mes de noviembre se dedicaba especialmente a atender a los ancestros. El autor, en este sentido, hace especial énfasis en demostrar cómo las diferencias entre las diversas clases sociales se proyectaba hacia la vida ultraterrena, originando diversos tipos de “culto a los muertos” (138).

Para concluir diremos que, si bien son copiosas las referencias a fuentes como Blas Valera, Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala, Martín de Murúa, Fernando de Montesinos, Bernabé Cobo, Betanzos, Cieza de León, De las Casas o Cristóbal de Molina, llama poderosamente la atención la ausencia casi absoluta de la literatura andinista. Murra, Zuidema o Urton brillan por su ausencia, y ni siquiera los trabajos de María Rostworowski – que prologa el volumen – son utilizados. No se trata aquí de aferrarse dogmáticamente a un academicismo inflexible, sino únicamente de sugerir que la argumentación bien pudo haberse beneficiado de los datos acopiados por otras investigaciones que trataron los mismos temas elegidos por González Carré. Por citar tan sólo un ejemplo, la discusión hipersimplificada de la alianza matrimonial entre el pueblo, la nobleza y el Inca, plagada de expresiones como “endogamia clasista” (104), “castas” (114) o “pureza de sangre” (115), padece ante una obra como “Inca Civilization in Cuzco”, que revela la dificultad de incurrir en simplificaciones excesivas (por ej. el pueblo es monógamo, la poligamia una prerrogativa de la nobleza, etc.).

Exactamente lo mismo puede decirse con respecto a la analítica explicativa y el bagaje teórico y conceptual empleados por González Carré. En general no hay una utilización cabal – y por momentos ni siquiera parcial – de la literatura antropológica, ni una problematización de los conceptos más básicos. El empleo de epítetos como “mágico” o “supersticioso” como conceptos analíticos no habla bien del arsenal conceptual sobre el cual se sustenta la investigación, compuesto por diccionarios de sociología y antropología más que por obras relevantes sobre temas como el padrinzago, el compadrazgo, el parentesco y la alianza, el mito, el ritual o el estudio comparado de las religiones. Pese al interés innegable de su temática, todo indica entonces que “Ritos de tránsito en el Perú de los Incas” tendrá más fortuna como obra de divulgación que como referente indispensable para la literatura antropológica sobre las culturas andinas. Diego Villar

Gottlieb, Alma: The Afterlife Is Where We Come from. The Culture of Infancy in West Africa. Chicago: The University of Chicago Press, 2004. 404 pp. ISBN 0-226-30502-3. Price: \$ 25.00

A. Gottlieb, professeur d'anthropologie à l'Université de l'Illinois, s'est fait connaître depuis une vingtaine d'années par des publications sur les Beng, une ethnie minoritaire de Côte d'Ivoire, implantée au Nord-Est du monde baoulé, à la limite de la zone forestière et de la savane. Le présent ouvrage, dont le titre ne manque pas d'intriguer, est consacré à la “culture de l'enfance”

propre à ce groupe. Il se singularise par un mode de rédaction très personnel, puisque l'auteur fait sans cesse référence à son vécu propre en tant que chercheur, animatrice avec son mari d'un petit centre de santé, mais aussi mère de famille. "I came to Beng babies through my own" (4), reconnaît-elle d'entrée de jeu. Son souci de resituer sa recherche dans l'histoire de sa propre existence est d'autant plus apparent que le champ qu'elle observe interfère sans cesse avec sa vie familiale au point qu'elle s'interroge sur la manière dont les croyances et coutumes beng influencent ses propres pratiques de soin et d'éducation.

Dans une première partie, où la société beng est rapidement présentée, où sont passées en revue les questions de méthode et où une réflexion est menée sur ce que pourrait être cette "anthropologie de l'enfance" qui a si peu retenu l'attention des professionnels, est posée la question centrale du livre: "Do babies have culture?"

Cette interrogation imprimera son orientation à toute la seconde partie. A première vue, le texte est structuré de manière classique en fonction des principales étapes du développement psycho-moteur et des techniques correspondantes de "childtraining": alimentation (allaitement, sevrage, etc.), bains et soins de propreté, portage, couchage, stimulations sociales, apprentissage langagier, soins au moment de la section du cordon, de la dentition et en cas de maladie, etc. Mais l'observation est menée ici avec une finesse et une perspicacité qu'on ne trouve que rarement ailleurs, et à chaque étape l'auteur s'interroge sur l'arrière-plan culturel qui façonne et imprègne ces pratiques et l'idéologie qui leur donne sens. Car il faut répondre à des questions comme: pourquoi une mère donne-t-elle à son bébé deux bains par jour? pourquoi est-il dangereux pour celui-ci de se regarder dans une glace? pourquoi, avant de l'allaiter, faut-il lui faire boire quelques gorgées d'eau? pourquoi le protéger contre la rosée, la pleine et la nouvelle lune ou tel type d'oiseaux? quelle est la raison d'être de lavements réguliers? etc.

Comme en de nombreuses cultures africaines, le point fort de l'idéologie sous-jacente réside dans le fait que l'enfant est perçu très concrètement comme la réincarnation d'un défunt dont l'identité peut être décelée. Émergeant à peine du monde invisible, il flotte encore dans une sorte d'entre-deux, ce qui le rend fragile et vulnérable; non seulement il garde le souvenir de sa vie antérieure, mais il demeure en relation familière avec les êtres qui peuplent l'autre versant de la réalité, bons et mauvais, et les parents qu'il a eus là-bas ont encore une influence sur lui; il comprend tous les idiomes humains, et l'acquisition de ce que sera sa langue maternelle relèvera davantage de mécanismes d'oubli que d'apprentissage; le petit enfant (comme d'ailleurs déjà le fœtus) est censé avoir une conscience, une expérience, un savoir et une volonté propres, parfois même un statut éminent, en un mot "une culture", dont il est impératif de tenir compte au mieux.

Très attentive aux problèmes de santé, aux incidences de la pauvreté et à la situation globale au

plan socio-politique (en une région démunie affectée récemment par la guerre civile), l'auteur montre comment les croyances et les pratiques héritées de la tradition demeurent très vivantes dans un contexte qui leur est devenu largement étranger. Face à la maladie, ce n'est pas la même chose de raisonner en termes de salubrité et de lutte contre le dénuement, ou en termes de sorcellerie et de lutte contre les mauvais esprits. Et pourtant, les deux raisonnements sont amenés à coexister et à constamment interférer. L'aspect comparatif des choses n'est pas absent de ce travail: pour bien mettre en évidence la spécificité des données africaines, elles sont systématiquement mises en parallèle et en opposition avec celles d'Amérique ou d'Europe. L'abondante documentation photographique rend les choses très vivantes et proches. Quant à la bibliographie, elle déborde dans sa surabondance de très loin le cas beng: elle porte d'une manière très générale sur les recherches récentes concernant la venue au monde et la petite enfance; en liaison avec les notes qui accompagnent le texte, elle informe utilement le lecteur européen sur ce qui se publie à ce sujet en Amérique du Nord.

Le livre d'A. Gottlieb m'apparaît comme un modèle du genre: simple, clair, nuancé, approfondi, pétri d'humanité, se référant constamment et sur un mode très empathique à l'expérience de terrain, il sait marier dans leur complexité données intemporelles et circonstancielles. Pas seulement un bon livre, mais aussi un beau livre.

Pierre Erny

Grosfilley, Anne: L'Afrique des textiles. Aix-en-Provence: Editions Edisud, 2004. 175 pp. ISBN 2-7449-0445-7. Prix: € 35,00

Wieder ist ein neuer Band über afrikanische Textilien, "L'Afrique des textiles", herausgekommen, und es stellt sich die Frage, ob zu diesem Thema nicht schon alles gesagt wurde. Sowohl Überblickswerke als auch spezialisierte Arbeiten zu bestimmten Textilgruppen gibt es reichlich und in guter Qualität: "Textiles africains: couleurs et créativité à l'échelle d'un continent" (John Gillow; Paris 2003), "Textiles africains" (Michèle Coquet; Paris 1998), "The Art of African Textiles" (Duncan Clarke; London 1997), "The Art of African Textiles" (hrsg. von John Picton; London 1995), "African Textiles" (Christopher Spring; 1989), "African Textiles and Decorative Arts" (Roy Sieber; New York 1972). Ein Blick auf das Inhaltsverzeichnis gibt allerdings schon den ersten Hinweis auf neue Fragestellungen sowie auf Textilprodukte, die bislang noch nicht als besondere afrikanische Ausdrucksformen anerkannt und insofern auch nicht in Museumssammlungen aufgenommen wurden.

Neben den industriellen Baumwollstoffen, den sogenannten *wax prints* und *fancies*, den gewebten und handgefärbten bzw. bedruckten Stoffen, finden wir hier erstmalig ein Kapitel, das der Technik der Serigrafie gewidmet ist, einer Technik, die sich im städtischen Umfeld unabhängig von traditionell geprägten Handwerkerkassen herausgebildet und sich über nationale Grenzen